

LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE

Edgar Allan Poe

Ilustrado por Daniel Silva Páramo



VIENTOS
DEL PUEBLO



LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE



EDGAR ALLAN POE

LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE

Ilustraciones

DANIEL SILVA PÁRAMO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2020

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón Sanginés

Ilustraciones de portada e interiores: Daniel Silva Páramo

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6799-1 (ePub)

ISBN 978-607-16-6585-0 (rustico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Qué canto entonaban las sirenas, qué nombre
adoptó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres,
intrigantes como son estas cuestiones,
no escapan a *toda* conjetura.
SIR THOMAS BROWNE

Los rasgos mentales que solemos atribuir al carácter analítico son, en sí mismos, poco susceptibles de análisis. Sólo por sus efectos es que podemos apreciarlos. Sabemos de ellos, entre otras cosas, que cuando se tienen en grado extremo siempre son para su poseedor una fuente del gozo más vivo. Así como el hombre fornido se regocija de sus habilidades físicas y obtiene placer de los ejercicios que ponen sus músculos en acción, de igual manera la personalidad analítica se deleita con la actividad del intelecto aplicada a esclarecer alguna incógnita. Encuentra placer aun en las tareas más triviales, siempre que pongan su talento a prueba. Es afecto a enigmas, acertijos, jeroglíficos, y al resolverlos muestra un nivel de *perspicacia* que para el común de la gente parece sobrenatural. Sus conclusiones, obtenidas por la sola virtud y esencia del método, tienen, a decir verdad, toda la apariencia de haber sido logradas gracias a la intuición.

Es probable que esta facultad de solucionar misterios se vea fortalecida por el estudio de las matemáticas, en particular de esa elevada esfera que, de manera injusta y sólo en razón de su forma de operar en retrospectiva, se ha dado en llamar análisis. Y, con todo, calcular, en sí, no es lo mismo que analizar. Un jugador de ajedrez, pongamos por

ejemplo, hace lo primero sin gastar esfuerzo en lo segundo, de ahí que al ajedrez se le comprenda muy mal en cuanto a sus efectos sobre el carácter mental. No pretendo redactar aquí un tratado, sólo detallo ciertas observaciones hechas al azar que sirvan de preámbulo para un relato un tanto inusual; por ello, aprovecho la ocasión para afirmar que las elevadas funciones del intelecto reflexivo son requeridas con mayor claridad y ventaja por el modesto juego de damas que por toda la elaborada frivolidad del ajedrez. En éste, donde los movimientos de las piezas son distintos y singulares y cada pieza posee un valor propio, a lo que sólo es complicado se le considera equivocadamente profundo, un error bastante común. Aquí lo que se pone en ejecución poderosamente es la atención: un titubeo basta para cometer un descuido que puede traducirse en la pérdida de una pieza o incluso en la derrota. Los movimientos son tantos, y tan envolventes, que las posibilidades de incurrir en tales descuidos se multiplican, y en nueve de cada diez ocasiones es el jugador con mayor concentración, no el más sagaz, quien gana la partida. En las damas, por el contrario, cuyos movimientos son únicos y casi no tienen variaciones, las posibilidades de que algo pase inadvertido se reducen al mínimo, y puesto que la mera atención queda comparativamente sin uso, las ventajas que cualquiera de los oponentes obtenga se derivan de una mayor capacidad de *percepción*. En términos menos abstractos, imaginemos una partida de damas en la que las piezas se redujeran a cuatro reinas y, por consiguiente, no hubiera espacio para los descuidos. En este caso, es evidente que la victoria sólo puede ser decidida (estando los jugadores en igualdad de condiciones) por algún movimiento bien buscado, resultado de un extremado ejercicio del intelecto. La personalidad analítica, despojada de todo recurso ordinario, se abandona